

La virtualización del conocimiento

Ana María Peppino Barale

EN 1968 SE PUBLICÓ EN ESPAÑOL la obra de Umberto Eco *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. En esa serie de ensayos Eco analiza el fenómeno histórico en que las clases subalternas acceden a los bienes culturales e irrumpen con su simpleza en el mundo aristocrático, cerrado y excluyente de la cultura con mayúsculas. Ante esta ruptura, el autor destaca una doble actitud: la de los “apocalípticos” que la toman como un desmoronamiento irreversible de la cultura establecida; y la de los “integrados”, que la consideran una oportunidad para ampliar y diversificar el campo cultural.

Ahora, apenas comenzado el siglo XXI, se plantea una situación similar al considerar, unos, que la creciente virtualización de situaciones sociales, económicas, políticas y personales, puede desembocar en una des-realidad dependiente del ciberespacio y cada vez más alejada del contacto personal, humano. Ante esa amenaza de un apocalipsis vivencial, otros consideran lo virtual como “una forma de ser fecunda y potente que favorece los procesos de creación, abre horizontes, cava pozos llenos de sentido bajo la superficialidad de la presencia física inmediata”. Sin llegar a los extremos, es conveniente razonar sobre las implicaciones positivas y negativas que la tecnología cibernética impone a la difusión del conocimiento, especialmente en el campo de la educación a distancia. En este caso se amplían favorablemente las oportunidades y recursos disponibles



que hasta hace poco eran privativas de círculos reducidos y poco susceptibles de compartir sus reflexiones, propuestas y avances más allá de los muros de sus centros de estudios o de investigación. Para la vida académica la formación continua es un reto y una obligación; por igual, constituye un objeto de estudio. Práctica y estudio en especial importantes para la constitución de comunidades virtuales y para comprender el significado de la virtualización de la inteligencia. Por eso, en esta ocasión, mi propuesta enfatiza la precisión de conceptos claves atendiendo a la necesidad de toda disciplina científica de desarrollar su propio lexicón o vocabulario especial para explicar e interpretar, en este caso, los cambios que necesariamente las redes informáticas imponen a la forma en que la educación se conceptualiza y se practica en la actualidad. Organizo mi reflexión en torno a la precisión de los conceptos principales relacionados con formas emergentes de producción y difusión del conocimiento y a la formación en el ciberespacio de comunidades inteligentes.

VIRTUAL, VIRTUALIZACIÓN

El término *virtual* comenzó a utilizarse para designar aquellas prácticas en las que se recrean artificialmente (virtualmente) procesos reales, para obtener resultados sin los riesgos y costos que representa realizarlos en directo. En la industria automotriz se diseñaron “sistemas expertos” para medir los resultados de colisiones a diferentes velocidades. Los pilotos de aviones fueron de los primeros en capacitarse con modelos simulados virtuales, que permitían entrenarse sin peligro y con la facilidad de repetir el ejercicio tantas veces como se requiriera. En los laboratorios virtuales se recrean situaciones artificiales para apreciar el desarrollo de una bacteria o de un virus.

Es decir, *lo virtual* puede entenderse como aquello que existe en potencia y no en acto. No se trata de oponer virtual a real, porque ambas situaciones existen pero su medio de concreción o de expresión es diferente. La *virtualización*, como dinámica, “no es una desrealización (la transformación de una realidad en un conjunto de posibles), sino una mutación de identidad, un desplazamiento del centro de gravedad ontológico del objeto considerado”. Aplicado a los sistemas educativos, la concepción tradicional sitúa el proceso de enseñanza-aprendizaje en un área física, estática, cerrada y limitada. En cambio, el espacio virtual promueve la interrelación entre iguales, facilita la consulta con expertos o con colegas, abre las puertas de bibliotecas y fuentes de datos mundiales, fomenta la participación y el debate. La naturaleza asincrónica de las redes amplía el acceso y también las posibi-

lidades de integrarse a las comunidades inteligentes. En todo entorno de formación mediada por computadora lo común es el soporte físico, es decir, las redes, servicios y recursos que constituyen la plataforma donde se hacen posibles las relaciones (virtuales) entre los usuarios y entre los usuarios y la información. Es más, el sistema tecnológico se constituye en el facilitador de un modo innovador de aprovechar los productos de la inteligencia humana. El ámbito universitario, por convicción y obligación, es el espacio propicio por excelencia para el cultivo de la inteligencia colectiva.

La inteligencia humana es una facultad intelectual compleja con que se captan y forman ideas y relaciones, que permite manejar relaciones o símbolos abstractos, que determina la capacidad de adaptación a situaciones nuevas empleando los recursos del pensamiento o, para diferenciarla de la inteligencia práctica de los animales, la capacidad de establecer relaciones nuevas entre los distintos datos o elementos almacenados en la memoria sin que esta reestructuración esté relacionada con el cumplimiento de las necesidades instintivas. La posesión de estas competencias define la inteligencia del género humano en general; inteligencia que difiere en grados y modos de acuerdo con las formas de apropiación de los instrumentos que posibilitan la transmisión, comprensión, reproducción y acrecentamiento de los conocimientos colectivos.

La inteligencia colectiva es el resultado de las aptitudes cognitivas individuales que ahora, con las técnicas contemporáneas de comunicación, pueden alcanzar una mejor y más amplia redistribución del conocimiento mediada por lenguajes que auspicien formas más precisas de fragmentar, categorizar y percibir el mundo. La comunidad científica es un claro ejemplo de inteligencia colectiva. Como señala Pierre Lévy, “el ciberespacio en fase de constitución facilita una comunicación no mediática a gran escala que [...] constituye un avance decisivo hacia nuevas formas más evolucionadas de inteligencia colectiva”. De esta manera, la relación clásica de comunicación *uno-todos* que separa al emisor de los receptores pasivos, se transforma en *todos-todos*. En el primer caso, los mensajes unidireccionales establecen un contexto común en el cual se promueve “una forma burda de unificación cognitiva del colectivo”; en cambio, en el ciberespacio “cada cual es potencialmente emisor y receptor en un espacio cualitativamente diferente, no fijado, sino acondicionado por los participantes y explorable [...] las personas no se reconocen por su nombre y su posición geográfica o social, sino por los temas de interés y por un paisaje común del sentido o del saber”.

La virtualización propicia que grupos numerosos y dispersos geográficamente construyan un contexto común, en el

que todos interactúen para contribuir a ampliar, actualizar, recrear, modificar o fijar los conocimientos representativos de la inteligencia colectiva. Esta comunicación todos-todos es incluyente, pero también responde a conductas valoradas por el mundo (ideal) de la cultura, como son: evaluación continua de las obras por pares y público; reinterpretación constante del patrimonio cognitivo; rechazo al autoritarismo; estímulo al incremento del patrimonio común, a la cooperación competitiva, la educación continua del gusto y del sentido crítico; valorización del juicio personal; cuidado por favorecer la diversidad, la imaginación, la innovación y la investigación independiente.

COMUNIDAD Y COMUNIDADES VIRTUALES

En su mayoría las comunidades son fijas y extraen de las condiciones de su localización un fuerte lazo de solidaridad, atendiendo a la característica del ser humano como “animal social”, que significa que vive en agrupamientos con sus iguales. El sentimiento de comunidad se define como la existencia de una cohesión social que da un carácter de comunidad. Si bien la pertenencia a un territorio común es condición necesaria, no es suficiente para constituir una comunidad, pues debe darse una participación compartida, un área de vida en común basada en la participación activa de sus miembros en la vida del grupo.

De acuerdo con la visión tradicional, una comunidad también debe reunir otras condiciones básicas, tales como: *a)* autosuficiencia, en el sentido de que las relaciones sociales son satisfechas dentro de la comunidad; *b)* cultura y objetivos comunes; *c)* identidad natural y espontánea entre los intereses de sus miembros; *d)* conciencia de sus singularidades identitarias; *e)* sentimiento de pertenencia; y, *f)* lenguaje común. Sin embargo, en la actualidad, el desarrollo de las tecnologías de comunicación, Internet en particular, ha permitido una transformación radical de las dimensiones de espacio y de tiempo, también permitió la vivencia de sucesos simultáneos sin la necesidad de estar en un mismo lugar. Con estos mecanismos es posible el surgimiento de nuevos tipos de comunidades por la transformación de los elementos básicos hasta hace poco exigidos para caracterizar a una comunidad. En la era del ciberespacio ya no es necesaria una interacción cara a cara, o de compartir un mismo territorio geográfico, para que se dé un proceso comunitario.

Así, las comunidades virtuales se caracterizan por la relación mediada por computadoras, sin límite de espacio y de tiempo, donde los miembros pueden compartir el ámbito del

territorio nacional o mundial; además, proporciona interlocutores, instrumentos intelectuales o motivos de reflexión que son los ingredientes básicos de una comunidad inteligente. El sentido comunitario, más que un sistema de relaciones, es un proceso que une inteligencias individuales para compartir los resultados de las pesquisas, para discutir las diferentes posibilidades de solución de un problema, para aceptar la crítica, para aventurarse a recorrer senderos inexplorados y para sumar conocimiento en lugar de restar posibilidades a su crecimiento y profundización. La comunicación mediada por computadora favorece un proceso de reidentificación, en donde el contacto humano directo y sincrónico se transforma, adapta, recompone: se *virtualiza*.

Desde el punto de vista de la antropología cultural, la pulsión gregaria del ser humano se opone al proceso de disgregación e impulsa un sentimiento de pertenencia y la construcción de una identidad cultural, comunal. Los estudios de movimientos sociales resaltan, precisamente, que a partir de experiencias de comunicación participativa se genera una dinámica de constitución de un espacio comunitario, en contrapunto al mercado y a los movimientos avasalladores de la industria cultural en el proceso de globalización. Al igual que las tradicionales, las comunidades virtuales necesitan basarse en sentimientos de comunión, confianza, compromiso, responsabilidad y objetivos comunes. Así, se puede observar que la comunicación virtual trasciende las acciones individualistas y responde en su momento con acciones colectivas de organización y movilización cibernética. Si bien estas acciones no constituyen por sí comunidades virtuales, representan la posibilidad de constituir las alrededor de objetivos comunes con lo cual, por igual, se colocan los cimientos de una identidad compartida. De esta forma las características atribuidas



a las comunidades tradicionales se repiten en la actualidad, si bien la condición fundamental de territorio compartido pasa del ámbito geográfico y terreno al ciberespacio.

Las demás particularidades también se ajustan a las nuevas condiciones y se vuelven más precisas, ya no abarcan todos los órdenes de la vida del grupo. En compensación, se multiplican las visiones, las experiencias y los razonamientos participantes. Se puntualiza el interés común pero, a la vez, se expanden sus interpretaciones y posibilidades de desarrollo.

A diferencia de la comunicación de conocimientos en red, que se refiere al uso de vínculos electrónicos para facilitar la adquisición de información —ejemplo Internet—, la comunidad virtual se traduce en posiciones colectivas y lazos profundos. La virtualidad es un sesgo nuevo en el mundo de las comunidades e incorpora a la existencia contemporánea un modo de relación desterritorializada, es decir, desconectada del territorio y de la temporalidad comunes, aunque no en una forma totalmente independiente sino unida en torno a especificidades concretas y constituida por el conjunto de relaciones que se producen entre los participantes y los espacios de relación donde se desarrollan. Los intereses y prácticas no se agotan en el ambiente del ciberespacio, sino que son extensiones de las prácticas en la realidad concreta, cotidiana y, a partir de ésta, se reparten y se comparten los conocimientos en una confluencia de intereses comunes.

La formación de una comunidad virtual es importante como favorecedora de los aprendizajes, como elemento creador de motivaciones y de estímulos, no nada más académicos pero con honda repercusión en el entorno académico. Se trata, entonces, de un espacio común en el cual todos los participantes desarrollan actividades no referidas directamente con el desarrollo de los contenidos pero que tienen que ver con el motivo fundamental de la conformación del grupo. En dicho espacio —virtual— se motiva la comunicación de las opiniones personales “sobre la materia, la marcha del curso, los materiales y otras actividades profesionales, lúdicas, personales o de interés común para todos o para algún grupo”, se trata del espacio “donde se cobra conciencia de comunidad virtual o de comunidad de grupo de clase virtual”.

De hecho, la comunidad virtual es una reproducción de una comunidad de estudio tradicional, pero que no está sujeta a la necesidad de compartir un mismo espacio y tiempo. De ahí que una no reemplaza a la otra, sino que se complementan y enriquecen por esta oportunidad de ampliar la franja de intercambio que permiten salvar las barreras que son propias de las relaciones formales referidas a la vida habitual de un recinto universitario.

CONSIDERACIONES FINALES

La posibilidad que representa la virtualización de la inteligencia para actualizar el conocimiento y recrear permanentemente su contenido, produce especificidades que marcan los lazos que las vuelven comunidades.

Navegar por el piélago virtual significa ponerse en contacto con la inteligencia colectiva. Pero si ese trayecto se comparte con sujetos interesados en un mismo tema o campo de conocimiento y se aprovecha la posibilidad de intercambiar ideas, examinar problemas, discutir teorías, proponer paradigmas, registrar experiencias, entonces se estará construyendo una comunidad inteligente. Así, la virtualización de la inteligencia se constituye en objeto instigador de una formación continua y dinámica, alimentada por la participación de cada miembro de la comunidad. El fin de la comunidad virtual no sólo consiste en favorecer el intercambio de conocimientos y experiencias, sino también funciona como elemento generador de motivaciones y de estímulos provocados por la posibilidad de intercambiar conocimientos. El reto consiste en capacitarnos para manejar esta forma nueva de relacionarnos, para valorar los contenidos, comprender que el conocimiento se vuelve más universal y que lleva a cambiar el criterio de autoría, para repensar el papel de cada uno de los que componemos el mundo actual universitario.

Es necesario teorizar sobre el fenómeno para construir un objeto de investigación que se estudie por disciplinas sociales y del lenguaje para situar el problema en su dimensión científica. En todo caso, la virtualización del conocimiento representa la materialización de las posibilidades que ya había anunciado Jorge Luis Borges cuando describió “La biblioteca de Babel” como un número indefinido de galerías hexagonales cubiertas de anaqueles con libros, dispuestas alrededor de una escalera espiral “que se abisma y se eleva hacia lo remoto”. Las galerías están unidas por un angosto zaguán en que hay un espejo, “que fielmente duplica las apariencias”, por lo que daba a entender que la biblioteca no era infinita, aunque Borges prefería “soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito”. Como se sabe, Borges en 1941, cuando escribió *Ficciones*, veía muy mal. Por eso estoy segura de que el espejo no era tal sino la pantalla de una computadora...•

ANA MARÍA PEPPINO BARALE es profesora-investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM Azcapotzalco; es doctora en estudios latinoamericanos, investigadora nacional.